

suelo, porque atrae y aumenta de tal modo la poblacion, que el suelo subdividido hasta el infinito cesa muy pronto de poder mantener él solo los brazos que ha multiplicado demasiado. «Para juzgar de ello basta saber que estas tierras volcánicas alimentan una familia de cinco personas con la tercera parte del producto de cinco fanegas; no se puede encontrar sino en las Indias ejemplo semejante de tal riqueza y de tan gran poblacion.»¹ Tantas producciones no agotan la fecundidad del suelo. Las cenizas del Vesubio añaden á las legumbres, á las sandías, á las mejores naranjas de Europa con las de Portugal, el *lacryma Christi*, excelente vino cuyo nombre un poco triste ha inspirado estos bonitos versos al poeta italiano Chiabrera:

Chia fu de' contadini il si indiaretto,
Chi'a sbigotter, la gente
Diede nome dolente
Al vin, che sovra gli altri il cuor fa lieto?
Lacrime dunque apellerassi un riso,
Porto di nobilissima vendemmia?

No se puede dejar á Resina sin visitar á Herculano, sepultado bajo la lava á 60 piés de profundidad. Al resplandor de lan antorchas recorrimos las partes ya despejadas; el primer monumento que se encuentra es el teatro, que pasa por el mejor conservado que tenemos. Pero Dion Cassio parece haberse engañado cuando avanza que los habitantes fueron sorprendidos por la erupcion, en medio de una pieza de comedia; el pequeño número de esqueletos hallados en el teatro parece atestiguar lo contrario. Como quiera que sea, las proporciones del edificio, el alineamiento de las calles, el número de los papiros dan á conocer que Herculano era una grande y hermosa ciudad, así como los frescos y los otros objetos de lujo y de religion, establecen desgraciadamente que mereció la suerte de Pompeya, de cuyas

¹ Lullin de Chateavieux, *Cartas sobre la Italia*, p. 250.

iniquidades participaba. Cerca de Herculano brilla la residencia real de Portici, cuyo patio de honor está atravesado por el gran camino de Salerno y de las dos Calábrias; no molestar ni impedir el tránsito público y sacrificar el reposo privado á la felicidad de las comunicaciones, es un sentimiento fraternal que honrará siempre al rey Carlos III. La elegancia de los pórticos, la belleza de las pinturas merecen la atencion del viajero. Despues de haber dado un golpe de vista á aquellas riquezas, verdaderos tesoros que en todas partes no dejarán serlo, entramos á Nápoles, no sin admirar los numerosos *corricolo* que surcaban el camino de anchas losas.

El *corricolo* es el coche napolitano por excelencia. Habitantes de la ciudad y del campo, lazzaroni y no lazzaroni, militares y artesanos, hombres y mujeres, todos parecen subir á él con igual dicha. Por su forma se parece á nuestros guallines de las inmediaciones de Paris; pero lo que á nada se parece es el modo con que se colocan en él los viajeros en número de diez, de doce y hasta de catorce. Están en todas partes, adentro, afuera, detrás, encima, debajo, en pié, sentados, acostados, acurrucados, riendo, cantando, hablando y sobre todo gesticulando con ese talento mímico tan vivo y tan variado que permite á los Napolitanos mantener la conversacion sin pronunciar una sola palabra y sin ser comprendidos por los extranjeros. Cuando el *corricolo*, adornado con aquella sociedad de pintorescos trajes, pasa rápidamente delante de vos, no se sabe si se ven sombras chinescas ó un coche con máscaras.

25 DE FEBRERO.

El Hospicio de los pobres.—Carlos III.—Benedicto XIV.—El padre Rocco.—Caridad napolitana con los niños abandonados.—Ponti.—Rossi.—San Juan de los pobres.—Catacumbas.—Colegio chino.—Gesú Viejo (Antiguo Jesus).—Cuerpos de San Crisanto y de Santa Daria.—La vestal mártir.—Piedad napolitana.—Costumbres públicas.—Anécdota.

Habiamos acabado con el mundo pagano, antiguo habitante de Parthenope y de sus encantadas orillas; sus monumentos de todo género nos eran conocidos y los habiamos sorprendido en los impuros secretos de su vida religiosa, pública y privada. El terrible volcan de que Dios se habia servido para ejercer su justa venganza habia recibido nuestra visita; nos quedaba por estudiar al pueblo nuevo, hijo y sucesor del pueblo que ya no existe. Nápoles convertida en cristiana, manifiesta su fe por sus monumentos, sus instituciones, sus leyes y sus costumbres. No hablemos de sus trescientas iglesias, pasemos á sus establecimientos de caridad.

El *Albergo reale de Poveri* (Hospicio real de los Pobres) fué el primer objeto de nuestra curiosidad. Para dirigirnos á él seguimos la gran calle de *Toledo*; los *Studj* se encontraban á dos pasos: entramos á ella para ver la biblioteca. Esta posee un gran número de ediciones *princeps* y cerca de tres mil manuscritos muy antiguos. El más precioso de todos es el célebre autógrafo de Santo Tomás de Aquino que contiene la exposicion del tratado de San Dionisio Areopagita, *De Caelesti Hierarchia*. En otro tiempo se le conservaba religiosamente en el convento de Santo Domingo; allí se le traslada todavía cada año para exponerlo á la veneracion de los fieles el dia de la fiesta del santo doctor.

No léjos del *Studj*, incomparable museo

de antigüedades paganas, Nápoles enseña con su justo orgullo el hospicio de los pobres, uno de los tres hospicios más grandes de la Europa. Un rey, un papa, un santo trabajaron de concierto en la fundacion de este magnífico hotel de la miseria; el rey Carlos III; el Papa Benedicto XIV, y el siervo de Dios, el padre Rocco, tan célebre en Nápoles por su elocuencia como por su caridad. Aliviar las enfermedades corporales y espirituales de los pobres, tal era el pensamiento que animaba á los tres fundadores. La inscripcion grabada en letras de oro en la fachada principal del edificio,

REGIUM TOTIUS REGNI PAUPERUM HOSPITIUM,

resume el pensamiento creador que la carta del jóven rey desarrolla todo entero.

«El cielo, dice el excelente monarca, que nos anima para asegurar la felicidad de este reino, no nos permite ya mirar con ojos indiferentes todos los desórdenes producidos por la gran cantidad de pobres que obstruyen esta populosa ciudad. Aunque entre todos estos indigentes haya ancianos, cojos, ciegos, incapaces de trabajar, lo que nos mueve á una profunda piedad es que hay algunos en gran número que viven en la ociosidad; estos hombres son robustos y tenaces en profesar el estado de mendigos, para llevar á propósito una vida ociosa y libertina. Hay tambien huérfanos que se habitúan á mendigar sin ninguna educacion cristiana, sin aprender ningún oficio, y llegan á ser no solo seres inútiles, sino verdaderos malvados, perjudiciales á la sociedad. En consecuencia, por una justa conmiseracion hácia los primeros, y por el deber que tenemos de reformar á los otros, hemos resuelto fundar en esta capital un hospicio general de pobres de todos sexos y edades, é introducir en él las artes más útiles y necesarias, á fin de que tal obra sea agradable á los ojos de

Dios y se convierta en un beneficio para la ciudad y para el reino. 1.

Pero para levantar el colosal edificio, emprendido por el arquitecto Fernando Fuga, eran necesarias sumas inmensas, y el reino estaba pobre. El joven rey no perdió su valor; comenzó por ofrecer generosamente los recursos de que podía disponer; luego creó nuevos recursos sin agravar los impuestos. Ciertas corporaciones del reino estaban sometidas á una contribucion anual de que, hasta él, solo se habian aprovechado los vireyes. Cuando los diputados de la ciudad de Nápoles, los jefes de las corporaciones y los superiores de los conventos, vinieron á depositar sus ofrendas á los piés del trono, el rey les dijo: "Mis buenos súbditos, sabeis que estoy construyendo un gran asilo para los pobres del reino; necesito para esto de vuestra ayuda y siento un verdadero gusto en cambiar el destino de todos estos presentes, dedicándolos desde luego en acabar y dotar el hospicio de los pobres."

Informado Benedicto XIV de las generosas intenciones del joven príncipe, consintió de buena voluntad en suprimir once conventos de Agustinos reformados,

1 Lo zelo che si nudre dall'animo nostro per la maggiore felicità di questo reame, non ci permette di piu riguardare con occhio indifferente tutti i disordine che derivano da' poveri, i quali inondano questa popolatissima cetta, (Sebbene vari fra costoro sien vecchi, stoxpi, ciechi, innabili alla fatica, dalla miseria de' quali altamente e commosa la pietá nostra, pure gli altri, e fanno la maggior parte, son nomini vagabondi e rebusti, fermi tutti nel professare la mendicizia per menar di proposito una vita oziosa e libertina: son fanciulli orfani e derelitti, i quali avezzandosi al mestiere del limosinare, senza cristiana educazioni; e senza apprendere arte alcuna, riescono col tempo non solo inutili, ma faciuorosi e perniciosissimi allo stato. Quindi per giusta commiserazione de' primi e per dovuta provvidenza ed emenda degli altri, abbiamo deliberato di fondare in questa capitale un generale albergo de' poveri d'ogni sesso ed età, e qui vi introdurre el arte piú utili e necessarie, affinché tale opera sia grata agli acchi di Dio, e di beneficio alla città ed al regno.

cuyas rentas consagró á la construccion y al mantenimiento del real palacio de la caridad. En el mismo tiempo el rey Carlos encontró un hombre que le prestó grande apoyo para el cumplimiento de su obra; éste era el famoso Padre Rocco, dominico misionero del pueblo. El Padre Rocco, un San Bernardo en la elocuencia y un San Vicente de Paul en la caridad, era todopoderoso en el pueblo napolitano. Verdadero tribuno cristiano, sabia por su inspirado acento, subyugar el corazon y el pensamiento de sus numerosos auditores, y cada uno, sin confesarlo, le concedia un poder providencial; de él se sirvió para secundar los designios caritativos del monarca. Cuando se le preguntaba cómo seria bueno hacer para encontrar dinero necesario para acabar un edificio que consumia tesoros, respondia sonriendo: "Seguid haciendo; el dinero no os faltará, yo os lo daré." *Fate, fate, il danaro non mancherà ed io velo porteró.*"

Su confianza no fué vana, y en 1764 se abrió el magnífico asilo para todo género de miserias. En él encontramos cerca de tres mil niños de ambos sexos, cuyas categorías y cuyos trabajos recuerdan el hospicio apostólico de San Miguel. Allí se ven diferentes edificios para los tejidos de algodón, para las sederías, para el bordado y la pasamanería; hay una escuela de música, de dibujo, de cálculo, una fundicion de caracteres, una imprenta, un taller de litografía y una escuela para sordomudos. Una fabrica de coral emplea á más de trescientas jóvenes; otras se ocupan en los trabajos de agujas, tejidos, hilos, etc. De este modo hay trabajo y trabajo. *libre* para adultos de todas edades, escuelas para artes y oficios, instruccion para todas capacidades. Visitamos con viva satisfaccion aquel pueblo entero de desgraciados, de los cuales no se dignaba ocuparse el paganismo, y cuyos dolores agrava la filantro-

pía y á quienes solo la caridad católica rodea de cuidados asiduos y los cubre con sus alas maternales.

Durante el curso de nuestra visita nos fueron dados interesantes pormenores sobre la caridad napolitana; nos es agradable darlos á conocer. En cada comuna del reino de Nápoles, la admistracion municipal recoge, sin informarse de su origen, á todos los niños que se presentan y les pone nodrizas en casas particulares; la cabecera de cada provincia posee un hospicio especial para los niños expósitos. Un pequeño balcon cubierto, *Ringhiera*, hace el oficio de torre, y el niño depositado es recogido inmediatamente al sonido de una campanilla que advierte desde luego á la vigilante. Se recibe en estos hospicios á todos los niños, sin dificultad alguna. Es muy raro que los hijos legítimos sean expuestos; pero por otra parte hay pocos hijos naturales que dejen de ser llevados á los asilos. La *Anunziata*, fundado en 1515 recibe los niños hallados en Nápoles y sus alrededores. Los muchachos á la edad de siete años son enviados al *Albergo de' Poveri*, en donde se educan con los huérfanos. Las niñas son igualmente recibidas en el recinto que les está reservado, y segun la excelente costumbre de la Italia, allí habitan hasta su muerte á ménos que se casen; en este caso reciben una dote conveniente. Además, es raro que no encuentren establecimiento, porque es costumbre en el pueblo ir por devocion á buscar una esposa entre ellas.

Al dirigiarnos á *San Januario de los Pobres*, visitamos los *Ponti-Rossi*, magníficos despojos del acueducto edificado por Augusto para conducir de treinta y cinco millas á Nápoles las aguas del rio Sebeto, destinadas á la flota de Misena. El hospicio de San Januario cuenta cuatrocientos pobres, hombres y mujeres, cuidados, dirigidos, atendidos, consolados por nuestras her-

manas grises, de origen del Franco Condado. Tengo gusto en repetirlo; nuestras religiosas están destinadas á hacer bendecir el nombre de la Francia hasta en las extremidades del mundo, y á conciliarnos la estimacion y el afecto necesario á nuestra mision providencial.

Cerca de San Januario está la abertura de las catacumbas, cuyas vastas galerías recorrimos. La altura de las bóvedas, la amplitud y la regularidad de las calles, el número y la solidez de las columnas, todo anuncia un trabajo ejecutado despacio y con todos los recursos del arte. Este solo hecho atestigua un origen pagano; la tradicion invariable en este punto, lo está tambien en el uso que nuestros padres hicieron de aquellas catacumbas. Aunque Nápoles no haya sido teatro de ninguna persecucion, sin embargo los cristianos de esta ciudad, al ver la sangre de sus hermanos que corria no lejos de sus murallas, debieron muchas veces ocultar sus misterios á los ojos de los paganos; estos subterráneos debieron ser su asilo. Allí se encuentran todavia fuentes bautismales, una capilla, una cátedra pontificia, testigos auténticos del paso de los primeros fieles.

El espíritu del Cristianismo que respira en las catacumbas, se manifiesta con brillo en la fundacion del *Colegio Chino*, único en Europa. Hacia fines del siglo décimoséptimo, el padre Mateo Ripa, misionero napolitano, se embarcó para la China. Como pintor hábil, supo merecer las gracias del emperador y ardiendo en celo por la salvacion de aquel vasto país, quiso perpetuar el bien que habia empezado. De vuelta á su patria en 1726, fundó un colegio destinado á la instruccion de jóvenes chinos. El establecimiento fué dotado por piadosos cristianos y por la Propaganda de Roma. Allí son enviados los alumnos de la China por los misioneros, y entran

de trece à catorce años; vuelven á su país cuando su educacion ha concluido, y predicán el Evangelio á sus compatriotas. Vimos los retratos de un gran número de ellos, con inscripciones que indican sus nombres, el año de su nacimiento, de su llegada á Nápoles, de su salida para China y de su muerte, cuando es conocida; en fin, el género de martirio que muchos han sufrido. El colegio chino aunque poco numeroso, ha hecho importantes servicios á la religion, á las ciencias y á las artes.

Lo dejamos saludando á los futuros mártires que ocultaba en la sombra de sus claustros, y fuimos á rendir nuestros homenajes á dos mártires de los primeros tiempos á quienes la ciudad napolitana rodea de una veneracion profunda y de una confianza enteramente filial; quiero hablar de San Crisanto y Daria cuyos cuerpos descansan bajo el altar mayor de la iglesia popular del *Gesu Vecchio*. D. Plácido, guardian de aquel santuario venerable, recuerda por su desinterés y sus grandes virtudes los más bellos ejemplos de los tiempos primitivos. Se levanta á los dos de la mañana y celebra los santos misterios á las tres, á los cuales asisten una multitud de personas. A la misa se sigue la meditacion y una instruccion familiar. El buen sacerdote no baja de la cátedra sino para entrar al confesonario donde permanece una parte del dia; audiencias de caridad unidas á la oracion ocupan el resto de su tiempo. Gracias á su benevolencia nos fué abierta la caja de los mártires y pudimos venerar á todo nuestro gusto aquellas piadosas reliquias cuya vista recuerda vivamente uno de los más hermosos triunfos del Evangelio.

Crisanto, hijo de un senador romano, habia nacido en Egipto. Joven todavía acompañó á su padre á la gran Roma en donde fué bien pronto apreciada su alta inteligencia. Convencido de la vanidad de

los ídolos trataba por todos los medios de conocer la verdad á fin de librar su alma de las dudas que le desolaban. Le guiaron á un anciano sábio; Crisanto se dirige á éste y el anciano, que era cristiano, no tiene reparo en desvendar los ojos del joven néofito. Conocida la verdad, al instante fué abrazada con ardor por Crisanto que se hizo sacerdote. Su padre se asombra, se irrita, y jura hacer alejar á su hijo de lo que él llama sus supersticiones y sus errores. Caricias, ruegos, amenazas, todo se pone en obra, pero todo es inútil. Cediendo entónces á las instigaciones de sus parientes, el padre de Crisanto encierra á su hijo en su palacio y tiende á su virtud el lazo más peligroso. No habiendo podido quebrantarlo las personas llevadas para reducirle, se elige una Vestal igualmente famosa por sus atractivos, por sus conocimientos y por el encanto de su elocuencia. Daria, sacerdotisa de un ídolo, cuyo culto era mirado como la salvaguardia del imperio, despliega todos sus artificios para corromper al joven cristiano y llevarle como una conquista al altar de los dioses; pero ella misma se convirtió en conquista de la gracia. Crisanto y Daria viéndose unidos por los lazos de la fé, de la esperanza y de la caridad, se unen entónces por los vínculos sagrados del matrimonio virginal. Esta resolucion pone á Crisanto en libertad y le da, así como á su casta esposa, el medio de seguir predicando á Jesucristo. Numerosas conversiones en las altas regiones de la sociedad son el fruto de su apostolado; una de las más notables fué la del tribuno Claudio con su mujer, sus dos hijos, sus criados y setenta soldados.

Se llevan quejas al prefecto Celerino, quien manda arrestar á los jóvenes esposos. Crisanto es encerrado en la prision Mamertina y Daria expuesta en un lugar de prostitucion. El Señor vela sobre ellos

como veló por tantos otros, y salen intactos y puros. Para acabar con ellos, el emperador irritado los condena á ser enterrados vivos. Es verosímil que aquel espantoso suplicio fuese elegido con el fin de hacer sufrir á Daria el género de muerte reservado á las Vestales infieles. 1 Esta conjetura se hace tanto más probable, cuanto se hizo espirar á los santos mártires cerca de la puerta *Salaria*, lugar designado para el suplicio de las Vestales. 2 Un estremecimiento de terror os recorre todos los miembros, y lágrimas de compasion corren de nuestros ojos, cuando en presencia de aquellos cuerpos venerables, os acordáis de los espantosos tormentos que les merecieron la gloriosa inmortalidad.

La Vestal, juzgada y condenada por el colegio de los pontífices era azotada con varas, luego cubierta con adornos mortuorios. En este estado se la hacia subir á una *litera* reservada para estas horribles ceremonias, y rodeada exteriormente con cojines atados con correas, á fin de dar á este ataúd de vivos todo el silencio de una tumba. Los gritos de desesperacion espiraban en sus paredes, y los jueces y los verdugos no tenían que temer ni podían sentirse conmovidos á su pesar, ni ver excitar entre los asistentes emociones que hubieran podido arrancar sus víctimas. El espantoso convoy atravesaba el *Forum*, el *Comitium* y se dirigia lentamente por la vía *Salaria* hácia el *Campo Malvado*, lugar del suplicio. La consternacion reinaba en la ciudad; las tiendas, las tabernas, las basilicas estaban cerradas, y el silencio de la multitud no era interrumpido sino por los sollozos de los parientes y amigos de la condenada. 3

1 Una cum Chrysanto in foveam altam demissam, ocluso aditu, instar Vestalium delinquentium, extra portum Salariam, eo modo ambs mori coguntur.—Bar. an. 284, N. VII, A.

2 D. Halycar., II, 17; Plutarch., in *Numa* 18.

3 Plutarch., in *Numa*. 18.

En medio del Campo-Malvado se hallaba cavada una cueva subterránea á la cual se bajaba con ayuda de una escala. Un pequeño lecho estaba dispuesto bajo la bóveda y cerca de esta capa de la muerte lucia una lámpara sepulcral, no lejos de la cual estaba depositado un poco de aceite, un poco de pan y agua, una poca de leche, provisiones de un dia para una desgraciada condenada eternamente á aquella prision tumularia. 1 Entre tanto los lectores desataban las cerraduras de la litera puesta frente á la cueva; el *Flamendialis* llevaba á la víctima á la escala, luego se retiraba al punto dejando á la desgraciada en manos del verdugo. Este le ofrecia la mano para ayudarla á bajar; y apénas llegaba ella al fondo de su tumba, cuando el verdugo se apresuraba á quitar la escala y algunos esclavos, tan impasibles como la muerte, llenaban la entrada de la cueva hasta el nivel del suelo, igualando el terreno, porque no era conveniente que la Vestal culpable dejase huellas de su presencia ni entre los vivos, ni entre los muertos. 2

Pero los cristianos, testigos intrépidos del martirio de su hermano y de su hermana, no olvidaron su glorioso sepulcro.

Allí se reunian el dia del aniversario de su muerte; 3 y cuando fué dada la paz á la Iglesia, el papa San Dámaso sacó á la luz del sol á Crisanto y á Daria; y es una grande alegría para el fiel de los últimos tiempos asociar sus humildes homenajes á los que el mundo católico ofrece solemnemente despues de diez y seis siglos á héroes de las edades primitivas. 4

1 Id., id.

2 Id., id.—I *Quest. rom.* 96.

3 Al hablar de las catacumbas diré lo que pasó en una de aquellas sinaxas.

4 Nuestros santos mártires fueron muertos bajo Numério el año 284 y sus actas fueron escritas por los dos hermanos *Arménio y Verino*. Véase *Trattenimento stórico su le gloriose gesta*

Puesto que hablo de los monumentos y de los objetos de la piedad napolitana, hé aquí algunos pormenores que completarán lo que ya he dicho en esta importante materia. La piedad toma el carácter de las naciones como de los individuos; más fría, más reservada, en Francia, es mucho más viva, más expansiva y más sencilla en Italia. Yo veía en el *Gesu Vecchio* una mujer del pueblo sucesivamente arrodillada y sentada hablando en voz alta á la Virgen Santísima, cuya milagrosa imagen corona el altar mayor. Fijos los ojos constantemente en María, la llamaba *Mamá, mamá*; le contaba con una sencillez de niño sus penas domésticas, sus deseos, sus esperanzas, sus temores; luego lloraba y le enviaba besos; despues la saludaba con amor y acababa por volver á empezar añadiendo: Os he dicho todo; obrad ahora, yo me voy y cuento con vos; ¿me oís bien? *addio, mamma, mamma, addio*. Por fin salió enviándole un último beso. Lo que hacia esta pobre mujer lo hacian otras veinte al mismo tiempo; nadie se ocupaba de ellas, tan natural así es al pueblo de Nápoles este modo de orar.

En la clase elevada la piedad y sobre todo la confianza filial en María conserva el mismo carácter de fe viva y de sencillez tiernísima. Uno de los magistrados más distinguidos de Nápoles ha compuesto para su familia una obra muy estimada en la cual habla así á la Santísima Virgen: "Tal vez creéis, madre mia, que me habreis dado mucho; no lo niego, pero me debeis aún más de lo que me habeis dado. Permitidme arreglar hoy mis cuentas con vos. Todas las legislaciones del mundo, de acuerdo con la naturaleza misma, dan á los hijos un derecho sagrado sobre todos los bienes de su madre, especialmente cuando esos bienes no han sido concedidos á

de santi conjugii Crisanto e Daria v. e mm.—
Nápoles, 1831

la madre sino en consideracion á sus hijos. Sentado este principio ¡ved cuán rica sois! Vuestras riquezas no son tesoros, sino minas inagotables. Sois la reina del cielo y de la tierra, la dispensadora de la gracia, el poder que se hace obedecer por ¡Dios mismo. Ahora, pensad bien, os ruego, en que todos los bienes no os han sido dados á vos sola, sino para vuestros hijos, entrando aún yo, que soy el último de todos. ¿Seriais lo que sois sin mí y sin los pecadores como yo? ¿No es por vuestro rescate por lo que se hizo hombre el Hijo de Dios, y por lo que os eligió para su Madre? Ved, pues, que todo lo que teneis me pertenece. Además, lo que me habeis dado no es nada en comparacion á lo que poseeis; me debeis, pues, todavía y me debeis mucho; ¿qué teneis que responded. . . . ?"

Y en otra parte: "Escuchadme, Madre mia; es necesario que me concedais lo que os pido. Si me lo negais, ¿qué se diria de vos? ó que no habeis podido oirme ó que no lo habeis querido; nadie creará que no habeis podido, porque sois harto conocida; y el que no hayais querido, confieso que mejor querría oír decir que no habeis podido. ¿Cómo no querer, Madre mia, la Madre de la gracia, de la misericordia y de la clemencia oír á uno de sus hijos? ¿qué seria de vuestra reputacion? Pensadlo; y salid de ello como podais." 1

La fé, madre de esa piedad filial, se manifiesta de muchos modos. Me contentaré con citar el ejemplo siguiente, que me es particularmente conocido: Un canónigo frances y uno de sus colegas de Nápoles se pasean por el campo, entran á un jardín para comer allí higos frescos. Despues de comerlos piden á la ama de la casa agua para lavarse las manos y un lienzo para enjuagarlas. Antes de que se haya llevado el lienzo, el canónigo frances toma la pri-

1 *María Stella del mare. Delsig. de Conciliis Giudice alla G. C. C. di Napoli. In.—8.*

mera toalla que encuentra: "No, no, Padre le dijo la excelente mujer, no es digna esa toalla de enjuagar los dedos que tocan todos los dias á Nuestro Señor Jesucristo." Y corre al punto á su armario y saca de él el pañuelo de batista más blanco y fino que encuentra y lo presenta al sacerdote.

Ademas, la fe de los napolitanos es proverbial en Italia. Uno de nuestros amigos se despedió del santo Padre Gregorio XVI: "Supuesto que vais á Nápoles, le dijo su Santidad, traedme una poca de la buena fe napolitana: *Apportatemi un poco di fede napolitana*." Conviene decir que los sacerdotes celosos, con que se honra Nápoles, se toman un trabajo infinito por mantener aquella piadosa disposicion. Por la tarde abren los oratorios para el pueblo. Hay en ellos instrucciones, confesiones, oraciones hasta las once y doce de la noche; nada se escapa á su caridad. ¿Se creeria en Francia que yo he visto á los presidiarios atravesar las calles de Nápoles é ir como los seminaristas á los ejercicios del retiro que se les da cada año para prepararles á la Pascua? El gobierno mismo, que en ciertos casos toma un aire de despotismo religioso, secunda aquí el celo del clero. Una ley pone en el deber á cada comuna de hacer el gasto necesario, para tener un predicador durante la cuaresma. Estos honorarios, cuyo máximun fija la ley, no pueden pasar de 60, 40, ó 30 ducados, segun la importancia de la localidad. Esta ley fué dada no tanto por el objeto de remediar la indiferencia de los habitantes, cuanto por el de poner un límite á su generosidad.

Las autoridades municipales no se ocupan, pues, solamente del embellecimiento y del buen estado de su comuna, sino que consagran ademas una parte de sus rentas públicas al bien moral de sus administrados; hé aquí ciertamente una institucion popular y verdaderamente católica. A pesar de todo esto hay mal en Nápoles; pero

hay remordimientos; los dos elementos en lucha. Con una fe muy robusta, nuestros hombres de la edad média se dejaban llevar de tiempo en tiempo á graves desórdenes; luego, recobrando su imperio la religion, entraban en sí mismos, se daban golpes de pecho, reparaban sus iniquidades y morian penitentes y santos. Tal es, con pocas diferencias, el estado actual de las poblaciones napolitanas. Los puñales que se encuentran suspendidos delante de los altares de la Santísima Virgen son una prueba de este hecho y un homenaje al poder de la religion. En todos los países, el cojo deja sus muletas en el altar de su protector cuando ha sido curado; éste es un monumento de la bondad del uno y del reconocimiento del otro. En Nápoles, el asesino, el vengativo, ese enfermo moral á quien María ha curado y desarmado, viene á depositar el arma homicida ante la imagen de su libertadora. En este espectáculo se llora sin duda sobre la perversidad humana, pero tambien se admira y se bendice el poder de la religion sin el cual uno de aquellos puñales hubiera sido tal vez para uno de nosotros.

La fe agita todavía de una manera muy consoladora las costumbres públicas. Cuatro grandes síntomas anuncian la decadencia de las naciones, y prueban el exceso de la inmoralidad del espíritu y del corazon; ya he citado el infanticidio, la locura por razon de las pasiones, la impenitencia final y el suicidio. Ahora el infanticidio es muy raro en Nápoles. La exposicion misma es de uno por siete, mientras que en Paris es más de una tercera parte, y en Lóndres se eleva hasta cerca de la mitad de los nacimientos. A pesar del ardor del clima, Nápoles cuenta siete veces ménos locos que Paris, y diez ó doce veces ménos que Lóndres. Sobre cuatrocientos mil habitantes, Nápoles no ve anualmente más que de veinticinco á treinta suicidios, mientras